

# Tribulaciones técnicas de un corresponsal

En los países del Oriente Medio el teléfono era, en los años de la guerra de Beirut, un lujo raro. El vehículo habitual de la transmisión de informaciones y de crónicas era el télex, y las oficinas de las agencias de noticias internacionales, el punto de encuentro de corresponsales y enviados especiales.

## TOMÁS ALCOVERRO

**L**legué a Beirut por primera vez cuando todavía funcionaba el mítico tren del Orient Express y el autobús de la línea Nairn –de insólita carrocería, medio aerodinámica medio blindada– atravesaba el desierto entre Siria e Iraq porque aún no se habían concluido las obras del último tramo de la carretera, y llegaba a un Bagdad, remoto y provinciano... Entonces, sin duda –era el principio de la década de los sesenta, con el *rais* Nasser de Egipto recién fallecido–, Beirut, la “Ciudad alegre y confiada” del Mediterráneo Oriental, era el centro de la prensa y de la información árabe e interna-

cional no sólo de esta región levantina sino de la península Arábiga, incluso de los países arabizados e islamizados del norte de África. Los corresponsales occidentales habían hecho de la capital libanesa su despacho y su residencia habitual, por muy variadas razones desde su inusitado ambiente de libertad, su diversidad cultural, hasta su red de comunicaciones, la mejor del Oriente Medio. En las oficinas de las agencias internacionales de noticias como la AFP, Reuters, Associated Press, UPI se reunían o por lo menos coincidían muchos corresponsales extranjeros, permanentes o de paso, en primer

**Tomás Alcoverro**, decano de los corresponsales de *La Vanguardia* en el extranjero, vive en Beirut desde hace 40 años.

lugar debido a sus aparatos de télex desde donde podían enviar sus crónicas. Los operadores locales perforaban las cintas copiando escrupulosamente los textos sin saber a menudo ni una jota de las lenguas en que estaban escritos. Mis crónicas llegaban a la oficina de la agencia UPI en Madrid, vecina al edificio de las Cortes, de donde las transmitían, siempre por télex, a la Redacción del periódico en Barcelona.

El télex era el medio más utilizado para la transmisión de los despachos periodísticos. Recuerdo las crónicas de Cristóbal Tamayo, corresponsal de *La Vanguardia* en Atenas en los años sesenta (el primer periodista español que viajó a las montañas del Kurdis-tán,

a lomos de una mula, para entrevistarse con el legendario caudillo nacionalista Barzani), pegando las palabras del texto, que yo tenía penosamente que separar, aislar, porque él estaba percatado de que de esta suerte ahorrraba dinero en la transmisión. Tamayo, un burgalés que escribía con un excelente estilo, y tenía además la costumbre de hacernos llegar reportajes, lo que se llaman “piezas intem-



© LA VANGUARDIA

Cristóbal Tamayo, corresponsal de 'La Vanguardia' en Atenas, fue el primer periodista español que viajó en mula a las montañas del Kurdistán para entrevistarse con el legendario caudillo nacionalista Barzani.

porales” en las redacciones, o todavía peor “crónicas de color”, por correo aéreo escritas a máquina en finas hojas de papel.

El teléfono, en los países del Oriente Medio, era en aquellos años un lujo raro. Una vez que había conseguido llamar desde El Cairo a Barcelona, la comunicación fue interrumpida, no me cabe duda, por un agente de los servicios de escucha egipcios, al no poder descifrar ni una palabra de la conversación que mantenía en catalán con María Teresa.

Fuera del Líbano la censura era el pan nuestro de cada día para los corresponsales extranjeros que informaban desde Egipto, Siria, Iraq, Arabia Saudí. Sus minis-

terios de Información exigían a veces la traducción completa de los textos en inglés o en francés si estaban escritos en otras lenguas, para dar su visto bueno tamponando cada una de sus páginas a fin de poder enviarlas por medio del télex. En 1972 efectué mi primer viaje a Bagdad en el autobús de la línea Nairn saliendo de Beirut y pasando por Damasco. Recuerdo la noche en que atravesábamos el des-

## Tribulaciones técnicas de un corresponsal

ierto teniendo como puntos de referencia los faros iluminados de otros vehículos que avanzaban por sus pistas –ya dije que aún no se había rematado la construcción de la carretera– rumbo hacia la frontera iraquí, sin señalizar. Iba a Bagdad para escribir sobre los kurdos después de que el *mollah* Barzani hubiese firmado un acuerdo con el vicepresidente de la República, Sadam Huseín. Pero al llegar a la ciudad del Tigris coincidí con la histórica “nacionalización” de la Iraq Petroleum Company por el régimen baasista, gracias a la cual comenzó el espectacular desenvolvimiento económico, militar y cultural de la República. “El petróleo árabe”, gritaban en la larga calle Saadun, en la porticada calle Rachid, junto a los populares zocos, “para los árabes”. Después de la nacionalización por Nasser de la Compañía del Canal de Suez, fue el acontecimiento más destacado de la “nación árabe” para zafarse de los últimos vestigios económicos de la colonización occidental.

Escribí emocionadamente mi crónica –era el único corresponsal español en Bagdad– viendo los jubilosos manifestantes desfilando por el centro de la capital, escuchando el discurso del jefe del Estado, general Al Bakr, entre himnos y canciones patrióticas retransmitidas por la televisión, y me precipité en la oficina del Ministerio de Información para enviarla. No había en Bagdad ningun-

na agencia internacional de noticias con su preciado aparato de télex para mandar el artículo. Pero eran imprescindibles tantos trámites para pasar la censura, era necesario tanto tiempo para obtener la autorización oficial que, desanimado, estuve a punto de renunciar a mi trabajo. Si no hubiese sido por un diplomático europeo, que me ayudó a conseguir el último billete de un avión que despegaba por la tarde hacia Beirut, nunca hubiese publicado mi Información de primera mano. Llegué a tiempo a la oficinita de la UPI, con cuya agencia Augusto Assía había firmado un contrato, muchos años antes, cuando era el príncipe de los corresponsales de *La Vanguardia*, que nos permitía utilizar sus servicios, vale decir sus télex, así como sus informaciones, en el extranjero, y entregué el texto al operador libanés que, sin pérdida de tiempo, perforó la cinta destinada a mi periódico. Al día siguiente aparecía mi crónica fechada en Bagdad como enviado especial...

La tiránica dependencia del télex condicionaba frecuentemente el trabajo ya que había que elegir entre la seguridad de que las crónicas llegasen y llegasen a tiempo a la redacción, o la incertidumbre de desplazarse a un lugar desde el que no estuviese garantizada su transmisión.

Mi primera entrevista con Yasir Arafat la escribí en Ammán en aquel Septiembre Negro de 1970 en que

los *fedayin* palestinos y los soldados de la Legión Árabe del rey Huseín combatían en las callejuelas de sus colinas en una implacable guerrilla urbana. Agotadas mis tentativas de enviarla por el télex de la oficina de Correos en el centro de la ciudad, aún expuesta a los francotiradores, o de la Embajada española en la que el embajador Durán Loriga se desvivía en vano para conseguir la comunicación, la confié a un desconocido viajero, huésped de mi pequeño hotel, que salía aquella misma noche hacia Beirut. Al llegar a la capital libanesa inmediatamente la entregó a la UPI para transmitirla a mi periódico. Ante la completa imposibilidad de utilizar el télex, quedaba la difícil alternativa del teléfono. Cuando don Juan Carlos I, siendo todavía príncipe, visitó en 1972 Riad (Arabia Saudí), la comunicación con España era tan lamentable que me desgañitaba para deletrear cada palabra para que las copiaran los sufridos telefonistas. Nunca he dictado –cantado se decía– una crónica con tantos sudores, mientras al otro lado del teléfono el operador todavía me decía: ¡Tomás, no se te oye; grita más!”



© LA VANGUARDIA

Augusto Assía, en sus años de príncipe de los corresponsales de 'La Vanguardia', había firmado con la agencia UPI un contrato que nos permitía utilizar sus servicios, vale decir su télex.

Muchas veces había que contentar a las telefonistas, a los telefonistas, a las operadoras y operadores, con regalos o propinas. En Riad eran telefonistas tocados con sus blancas *kefias* los que debían conseguirnos la comunicación con España y recuerdo que les entretenía contándoles historietas o *noktas*, como dicen los egipcios, para aliviar su enervante trabajo y poder dictar mi crónica.

Poco a poco los grandes hoteles contaron con sus líneas telefónicas y de télex internacionales. Durante el bombardeo y asedio israelí del oeste de Beirut del verano de 1982, el Hotel Commodore, cuartel general de los corresponsales de prensa, ofrecía sus servicios de transmisión a los clientes.

Ésta fue una de las principales razones por las que los periodistas extranjeros se alojasen en aquel céntrico hotel del barrio de Hamra, cuya propiedad y dirección estaban en aquel tiempo en manos de influyentes palestinos. Durante los largos años de las sucesivas guerras entre 1975 y 1991, las agencias de noticias internacionales fueron desertando de la ciudad, ahuyentadas por el terror,

## Tribulaciones técnicas de un corresponsal

por los secuestros, pero también por la falta de comunicaciones seguras, estableciéndose principalmente en Nicosia, en la vecina isla de Chipre. Yo fui uno de los contados corresponsales occidentales que permaneció en el oeste de Beirut.

Como la sede de Correos y Telégrafos de la capital estaba en la parte occidental de la dividida capital mal llamada musulmana, fueron los palestinos de Yasir Arafat los que durante su hegemonía del sector controlaban su funcionamiento. En el Hotel Alexandre de la zona habitada por la población cristiana, los corresponsales tenían sólo tres minutos para intentar conectar por su teléfono a sus redacciones, y si no lo conseguían debían dar paso a los que impacientemente esperaban su turno. El día en que Yasir Arafat y sus últimos compañeros salieron por mar de Beirut, en cumplimiento de los acuerdos impuestos por los israelíes sobre la evacuación de sus guerrilleros y de los miembros de las organizaciones políticas, no pude enviar mi crónica. Los pocos aparatos de télex que había en la parte occidental de la ciudad –como el del Commodore, en el pequeño cuarto detrás del mostrador de la Recepción– dejaron de funcionar.

Con unos colegas japonés e italiano decidimos atravesar el peligroso “paso del Museo”, con barricadas de milicianos y francotiradores, que separaba los dos sectores desgarrados

de la ciudad desde el principio de la guerra de 1975 para llegar a la localidad de Babada, en la parte cristiana ocupada por los israelíes donde el mando del ejército, el Tsahal, había instalado un centro de comunicaciones. Era nuestra única posibilidad de mandar las crónicas. A pie, en taxi, en vehículo militar de la Falange cristiana, alcanzamos la oficina de teléfonos y télex establecida en la sede del gobernador de la plaza. Anochece y faltaba poco tiempo para el cierre de las ediciones. El corresponsal japonés estuvo más de media hora pegado al teléfono, y cuando le tocó el turno al italiano, un napolitano cordial y vivaracho, la comunicación se cortó al poco de empezar a dictar, y no hubo forma de restablecerla. “Mamma mia”, grito desesperado, casi con las lágrimas en los ojos, ante los militares de Israel. La crónica sobre la evacuación de Arafat –una fecha histórica en la batalla de Beirut–, que tanto trabajo y tantas peripecias me había costado, sólo pude aprovecharla, actualizándola, un día después.

La interminable guerra de Beirut, el paraíso infernal de los corresponsales de prensa, de las décadas de los setenta y de los ochenta, fue “mi guerra”. Desde las ventanas de mi piso de la calle Commodore, al lado del hotel, escribí crónicas narrando la batalla campal entre los milicianos en la esquina. Todo estaba al alcance de la mano. Josep Pla repetía siempre que

es “más difícil describir que opinar”. La fascinación de la guerra de Beirut donde se cumplía a rajatabla el acto surrealista por antonomasia que según André Breton era salir a la calle y disparar sobre no importa quién, conmovió a una generación de periodistas. Lástima que entonces fueran tan difíciles las comunicaciones. ¡Cuántas angustias, cuántas frustraciones fuimos acumulando por falta de la seguridad en la transmisión! O quizá habría que decir todo lo contrario porque debido a su inestabilidad, a sus complicaciones, el trabajo del corresponsal era aún más desafiante.

La información instantánea, la hegemonía de las poderosas cadenas de televisión –incluidas Al Yazira y Al Arabiya–, el extendido uso del teléfono móvil, han confundido como ha escrito Ignacio Ramonet, la “información con la comunicación”. Internet se ha impuesto en casi todos los países del Oriente Medio, con algunas excepciones como en Irán o en Siria, y ha hecho estragos en Bagdad tras la ocupación estadounidense, donde ha florecido en cada esquina un cibercafé. Nuestro



© LA VANGUARDIA

*La interminable guerra de Beirut de los setenta y los ochenta la escribí desde las ventanas de mi piso de la calle Commodore, narrando la batalla campal entre milicianos de la esquina.*

trabajo “atípico”, como lo había calificado mi amigo Lluís Foix en su conferencia ‘Su excelencia el corresponsal’, ha cambiado profundamente. Las oficinas de las agencias de noticias ya no son frecuentadas por los corresponsales ni enviados especiales. Ensimismados en la navegación por Internet, sufrimos la tentación de hundirnos en un mundo informativo virtual.

He sido de los últimos en emplear todavía el télex en Beirut. No era un anacronismo porque tras los años de las guerras crueles, la red de comunicaciones, especialmente la telefónica, había quedado muy destruida. *Alo, alo Beirut* fue una popular canción libanesa que aludía a estas

penosas dificultades de comunicación.

En Beirut, indiscutible plataforma de la prensa árabe, sigo frecuentando la oficina de la Agence France Presse –soy francófono empedernido– y utilizo uno de sus ordenadores para enviar mis crónicas por correo electrónico a la Redacción de *La Vanguardia*. Beirut, pólvora y jazmín, es mi ciudad. 